

Carl E. Olson

*¿Resucitó Jesús realmente
de entre los muertos?*

Preguntas y respuestas acerca de la vida,
muerte y resurrección de Jesucristo

*Traducido del original inglés por
Pablo Cervera Barranco y
Ángela Pérez García*

IGNATIUS PRESS
SAN FRANCISCO

AUGUSTINE INSTITUTE
GREENWOOD VILLAGE, CO

Ignatius Press Distribution

P.O. Box 1339
Fort Collins, CO 80522
Tel: (800) 651-1531
www.ignatius.com

Augustine Institute

6160 S. Syracuse Way, Suite 310
Greenwood Village, CO 80111
Tel: (866) 767-3155
www.augustineinstitute.org

Traducido por Pablo Cervera

Diseño de la portada: Jessica Hallman

Imagen de la portada: *Empty Tomb*, © Kevron2001, Adobe Stock

© 2016, Ignatius Press–Augustine Institute.

ISBN: 978-0-9993756-8-6

Todos los derechos reservados.

Edición original en inglés:

Did Jesus Really Rise from the Dead?

© 2016 Ignatius Press–Augustine Institute

Impreso en los Estados Unidos de América.

ÍNDICE

Introducción	7
1. ¿Cuál es la situación?	31
2. La fiabilidad histórica de los Evangelios	51
3. ¿Qué es la resurrección?	73
4. Cuentas, teorías y explicaciones	91
5. ¿Alucinaciones y discípulos culpables?	113
6. Contradicciones y conspiraciones	127
7. ¿Mitología o verdad del Evangelio?	137
8. El Apóstol Pablo y la resurrección	161
9. Física y espiritual	175
Conclusión: dos retos y una pregunta	197
Bibliografía	211

Capítulo 1

¿Cuál es la clave?

P. En su introducción, parece despreciar bastante a esos escépticos o ateos que sostienen que Jesús nunca existió y que los evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan no pueden ser tomados en serio como obras de historia. Pero, ¿no es ese el tipo de personas que tienden a recibir más atención que los estudiosos?

Es una pregunta justa y que, de hecho, será formulada a lo largo de este libro directa e indirectamente, precisamente porque es imposible decir que la resurrección de Cristo realmente ocurrió si Jesús nunca existió, y porque creer en ese acontecimiento está profunda y directamente relacionado con la precisión y la veracidad histórica de los evangelios y del resto del Nuevo Testamento. Por eso, muchas cuestiones y detalles serán considerados en las páginas que siguen.

Dicho esto, vamos a examinar un par de dichas cuestiones desde el principio. En la introducción veíamos que Bart Ehrman, autor de muchos libros populares y académicos acerca de Jesús y del Nuevo Testamento (y que se autodefine agnóstico), desestimaba a los «miticistas» que afirman que

Jesús es una figura mitológica creada de la nada. Lo hizo en parte porque la calidad y la cantidad de fuentes históricas sobre la vida de Cristo es «bastante asombrosa para un personaje antiguo del tipo que sea»¹.

Mientras que Ehrman, estudioso escéptico, se quedaba asombrado de la gran cantidad de documentación antigua, Christopher Hitchens, un ateo bastante arrogante, en *Dios no es bueno: alegato contra la religión*² manifestaba asombro ante el hecho de que Ehrman en algún lugar hubiera observado que «el relato de la resurrección de Jesús en el evangelio de Marcos sólo fue añadido muchos años más tarde»³. Así pues Hitchens alegremente concluye: «El Nuevo Testamento es en sí mismo una fuente altamente cuestionable»⁴. Antes, en un capítulo titulado «El mal del “Nuevo” Testamento» Hitchens «se refiere» al periodista H. L. Mencken —ateo y admirador de Friedrich Nietzsche— al criticar el Nuevo Testamento en términos coloridos pero vagos: «Una acumulación desordenada de documentos más o menos discordantes, algunos de ellos probablemente de origen respetable pero otros palmariamente apócrifos»⁵. Los cuatro evangelios, gruñe Hitchens, no son «en ningún sentido un registro histórico»⁶ pues los autores «no se ponen de acuerdo en nada que sea importante»⁷. Al escribir esto, él se refiere

¹ EHRMAN, *Did Jesus Really Exist?*

² CHRISTOPHER HITCHENS, *God Is Not Great: How Religious Poisons Everything Twelve*, (Nueva York 2007) [trad. esp. *Dios no es bueno: alegato contra la religión* (Debolsillo 2017)].

³ *Ibid.*, 142.

⁴ *Ibid.* El best-seller de Hitchens no está bien referenciado; no especifica a cuál de los libros de Ehrman se está refiriendo.

⁵ *Ibid.*, 110, citado en H.L. MENCKEN, *Treatise on the Gods* (The John Hopkins University Press, Baltimore-MD 1997) 176.

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*, 111.

al nacimiento de Cristo, María, José, la huida a Egipto, el Sermón de la montaña, el bautismo de Jesús, la traición de Judas, la negación de Pedro, la crucifixión y la resurrección, aparentemente sin saber que todas esas figuras y hechos *son* importantes y que los evangelios coinciden en que Jesús nació de María, su padre adoptivo era José, la familia huyó a Egipto, Jesús pronunció un sermón en la montaña (así como parábolas y otros discursos), que Judas (y no Tomás) lo traicionó y Pedro (y no Santiago) le negó, que fue detenido, interrogado, torturado, crucificado, sepultado y resucitó. Como veremos más adelante, hay una serie de acontecimientos esenciales en los evangelios que los historiadores en todo su espectro de fe y filosofía personal aceptan como hechos reales, basándose en los criterios utilizados en el estudio de los textos antiguos.

Pongamos una comparación: imagine que usted entrevista a jugadores, entrenadores y aficionados que estuvieron presentes en la primera Super Bowl del 15 de enero de 1967, en la que los Green Bay Packers hundieron a los Kansas City Chiefs por 35 a 10. Les pregunta: «¿A qué hora empezó el partido? ¿Quién marcó primero? ¿Quién fue el jugador más importante? ¿Qué cadena televisó el partido?, y así sucesivamente. Ahora imagine que la primera Super Bowl tuvo lugar en 1776, antes de que existiera la televisión, la radio y otras tecnologías modernas de medios de registro y comunicación de la información. Y supongamos que entrevista a los participantes veinte, treinta o cincuenta años después del partido. Si a estas preguntas recibe algunas respuestas diferentes, ¿concluiría de inmediato que nunca hubo partido?

Ahora considere esta fecha: 11 de enero del año 49 a.C. Esta es una de las fechas más famosas en la historia de la Roma antigua, incluso del mundo antiguo. En esa fecha, Julio César cruzó el río Rubicón, entrando él mismo y sus seguidores en la guerra civil. Pocos historiadores, si es que hay alguno, dudan de que César, efectivamente, cruzara el río. Sin embargo, si los escépticos que sostienen que los evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan son mitos y no tienen base en la realidad histórica aplicaran las mismas reglas a Julio César, no habría cruce del Rubicón; sería desestimado como material de leyenda e indigno de cualquier altura histórica.

¿Por qué? Porque, como el historiador Paul Merkley señaló hace tres décadas en su artículo «The Gospels as Historical Testimony» («Los evangelios como testimonios históricos»), hay mucha menos evidencia histórica para el cruce del Rubicón que para los acontecimientos narrados en los evangelios:

No hay testimonios de primera mano de que César cruzara el Rubicón (donde sea que estuviera). El mismo César en su libro de memorias no menciona que cruzara ningún río. Cuatro historiadores de dos o tres generaciones después mencionan un río Rubicon, y afirman que César lo cruzó. Son: Velleius Paterculus (ca. 19 a.C.-ca. 30 d.C.), Plutarco (ca. 46-120 d.C.), Suetonio (75-160 d.C.) y Apiano (siglo II). Todos ellos evidentemente dependían del único relato de un testigo ocular, el de Asinius Pollio (76 a.C.-ca. 4. d.C.), cuyo relato desapareció sin dejar rastro. No se encuentran copias manuscritas de ninguna de estas fuentes secundarias antes de varios cientos de años después de su composición⁸.

⁸ PAUL MERKLEY, «The Gospels as Historical Testimony»: *The Evangelical Quarterly* 58.4 (1986) 319-36.

Merkley observó que esos escépticos que se burlan de la fiabilidad histórica de los evangelios o los rechazan de plano como «mito» lo hacen sin mucho respeto, si es que tienen alguno, a la naturaleza de la historia en general y al contenido de Mateo, Marcos, Lucas, y Juan, en particular.

De nuevo, esto es algo con lo que nos encontraremos varias veces y de varias maneras. Pero es importante, creo, reiterar una cuestión apuntada al comienzo de la introducción sobre el mensaje de los apóstoles y los primeros cristianos. Craig A. Evans, conocido estudioso del Nuevo Testamento, autor de varios libros divulgativos y académicos sobre el Jesús histórico, insistiendo en el trasfondo judío de los tiempos del Nuevo Testamento, lo resume así:

El mensaje que recorre los escritos del Nuevo Testamento y de las primeras comunidades cristianas era que Dios había resucitado a Jesús, del que Pedro y muchos otros (incluyendo uno o dos personas no comprometidas como los hermanos de Jesús, Santiago y tal vez Judas, y al menos un enemigo, Pablo) dieron testimonio. Fue la realidad de la resurrección y su impacto en aquellos que oyeron sobre ella y respondieron a ella con fe lo que impulsó hacia adelante el nuevo movimiento, y no unas Escrituras «sin errores»... Quizás los no expertos deben saber que, entre los diez y quince primeros años de existencia de la Iglesia, no existía ninguno de los libros del Nuevo Testamento. Sin embargo, la Iglesia creció a ritmo vertiginoso, sin la ayuda de un Nuevo Testamento o de los evangelios (inerrante o no)⁹.

⁹ CRAIG A. EVANS, *Fabricating Jesus: How Modern Scholars Distort the Gospels* (PIV Books, Downers Grove-IL 2006) 29. Evans hace este particular apunte, hay que destacarlo, al abordar el argumento de Ehrman de que los errores de los escribas en los manuscritos de la Biblia «realmente refutan la inspiración verbal y la inerrancia, por lo que la Biblia realmente debería ser considerada un libro humano y no como la palabra de Dios» (p. 27).

Y ese hecho —que la Iglesia creciera a ritmo vertiginoso— es uno de los muchos hechos significativos que los cristianos han subrayado desde hace tiempo para defender la verdad de la resurrección.

P. Pero, ¿por qué esta fijación con la resurrección? ¿Por qué es importante que Jesús resucitara de entre los muertos, especialmente cuando parece ser completamente una cuestión de fe?

¿Con qué frecuencia se resucita de entre los muertos?
¿No importa si alguien resucitó de entre los muertos?
¿Especialmente alguien que enseñó como Jesús e hizo el tipo de afirmaciones acerca de Dios, la salvación, y de su papel en la obra del reino de Dios que Jesús hizo?

Por supuesto, los escépticos afirman que nadie puede resucitar de entre los muertos, o insisten en que nadie puede *demostrar* que alguien puede resucitar de entre los muertos. Ellos dicen que es imposible e insisten —muy reiteradamente— en que las cosas imposibles no suceden por definición. Por otro lado, también los que no son escépticos creen que la gente no *suele* resucitar de entre los muertos. Si Jesús de Nazaret lo hizo, esta es una verdad extraordinaria. Dado el tipo de cosas que Jesús de Nazaret dijo e hizo, si él resucitó de los muertos, ello sugeriría que en su vida operan algunos poderes especiales. Ello corroboraría la idea de que Dios defendería las afirmaciones de Jesús y sus enseñanzas.

El P. Gerald O'Collins, SJ, observa cómo el apóstol Pablo se refiere a menudo a la obra y al poder de Dios que

resucitó a Jesús de entre los muertos. «Por el bautismo todos fuimos sepultados con él en la muerte», escribía san Pablo a los cristianos de Roma, «a fin de que como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva» (Rom 6,4). Él mismo se describe a los Gálatas como «apóstol no de parte de hombres ni por mediación de ningún hombre, sino por Jesucristo y Dios Padre, que lo resucitó de entre los muertos» (Gál 1,1). O'Collins observa que Pablo «toma la resurrección de Jesús (junto con la nuestra) como el modo específicamente cristiano de presentar a Dios. Estar equivocado acerca de la resurrección es «tergiversar» a Dios esencialmente, pues san Pablo define a Dios como el Dios de la resurrección» (1 Cor 15,15)¹⁰. Esto es un recordatorio de cómo las características creencias cristianas en Dios como la Trinidad, la encarnación y la resurrección están íntimamente conectadas; si una de ellas es falsa, las demás también son seguramente falsas o no pueden significar lo que los cristianos históricamente han afirmado que significan.

En resumen, un cristianismo sin Cristo resucitado — verdaderamente vivo, con un cuerpo real y glorificado— es esencialmente un sistema de creencias vacío, incluso falso. «Si Jesús literalmente no resucitó de entre los muertos», argumenta el filósofo David Baggett, «entonces la mayoría de nosotros tendrá que contentarse con un análisis desmitologizado y deflacionario del cristianismo. El hecho es que el cristianismo clásico sería falso, y Jesús sería una especie

¹⁰ GERALD O'COLLINS, *Jesus Our Redeemer: A Christian Approach to Salvation* (Oxford University Press, Oxford 2007) 243. El P. O'Collins enseñó teología en la Universidad Gregoriana en Roma durante tres décadas y ha escrito varios libros sobre la vida y el significado de Jesucristo.

de filósofo, en el mejor de los casos, o un loco, en el peor de los casos. Si Jesús resucitó físicamente de la tumba, ¿qué podría ser más importante como pista para el significado de la vida? La resurrección importa»¹¹. La apuesta, en otras palabras, es alta; realmente se trata de una propuesta de todo o nada.

P. Poner el foco en unos supuestos hechos sobrenaturales, ¿no alimenta simplemente la percepción de que el cristianismo es una orientación demasiado celestial para servir de algún bien terrenal, en palabras de Oliver Wendell Holmes?

Sin duda, algunos cristianos piensan que, dado que el mundo parece ir cuesta abajo o «al infierno», como algunos dirían, simplemente esperan su recompensa celestial, ganada para ellos por Cristo con su muerte y resurrección. Uno puede simpatizar, a veces, con una reacción de este tipo, pero no es sana ni prudente, ni tampoco refleja un sólido y auténtico cristianismo. Por el contrario, la resurrección no nos exime de las responsabilidades en este mundo, sino que nos proporciona la fuerza espiritual para vivir como deberíamos, así como la visión espiritual para entender el significado de la vida y la realidad de la vida venidera.

Por poner sólo un ejemplo importante: si no hay vida más allá de la tumba, ¿cómo puede la mayoría de la gente encontrar u obtener justicia en este mundo? Si tras vivir esta corta y cruel vida, luego nos morimos para siempre, ¿qué clase de esperanza podemos ofrecer ahora a aquellos que son pobres,

¹¹ ANTONY FLEW - GARY HABERMAN, *Did the Resurrection Happen: A Conversation with Gary Habermas and Antony Flew* (ed. David J. Baggett) (PIV Books, Downer's Grove-IL 2009) 107. Desde el apartado «Resurrection Matters: Assessing the Habermas/Flew Discussion».

inválidos, pasan hambre y sufren? Y ¿por qué habríamos de estar motivados para atender a sus necesidades? Esta cuestión de la justicia fue tomada por el papa Benedicto XVI en su encíclica *Spe salvi*, sobre la esperanza cristiana, vinculándola directamente a la resurrección y el Juicio Final:

La parte central del gran Credo de la Iglesia, que trata del misterio de Cristo desde su nacimiento eterno del Padre y el nacimiento temporal de la Virgen María, para seguir con la cruz y la resurrección y llegar hasta su retorno, se concluye con las palabras: «de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos». Ya desde los primeros tiempos, la perspectiva del Juicio ha influido en los cristianos, también en su vida diaria, como criterio para ordenar la vida presente, como llamada a su conciencia y, al mismo tiempo, como esperanza en la justicia de Dios. La fe en Cristo nunca ha mirado sólo hacia atrás ni sólo hacia arriba, sino siempre adelante, hacia la hora de la justicia que el Señor había preanunciado repetidamente. Este mirar hacia adelante ha dado la importancia que tiene el presente para el cristianismo¹².

En otras palabras, si los cristianos realmente creen que Cristo resucitó de entre los muertos y que también pueden, por la gracia y el poder de Dios, levantarse de entre los muertos y vivir en la gloria eterna, ello debería tener un notable efecto—incluso radical— en tratar por igual a prójimos y extraños.

Irónicamente, como Benedicto señaló, como la creencia en el juicio final se ha desvanecido en los tiempos modernos, las

¹² BENEDICTO XVI, *Spe Salvi* (Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2007) 41. http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20071130_spe-salvi.html

personas se han visto tentadas a creer que «un mundo en el que hay tanta injusticia, tanto sufrimiento de los inocentes y tanto cinismo del poder, no puede ser obra de un Dios bueno»¹³. Sin Dios (o sin un Dios verdaderamente bueno), el hombre busca establecer la justicia de formas que, lamentablemente, han provocado incluso mayores injusticias: «Si de esta premisa se han derivado las más grandes crueldades y violaciones de la justicia, no es fruto de la casualidad, sino que se funda en la falsedad intrínseca de esta pretensión. Un mundo que tiene que crear su justicia por sí mismo es un mundo sin esperanza. Nadie ni nada responde del sufrimiento de los siglos. Nadie ni nada garantiza que el cinismo del poder —bajo cualquier seductor revestimiento ideológico que se presente— no siga mangoneando en el mundo»¹⁴.

Dios, al hacerse hombre, compartió la «condición del hombre abandonado por Dios» y nos mostró que no sólo Dios existe, sino que «Dios sabe crear la justicia de un modo que nosotros no somos capaces de concebir y que, sin embargo, podemos intuir en la fe. Sí, existe la resurrección de la carne. Existe una justicia»¹⁵. ¿De qué otra manera puede la innata e intensa hambre de justicia del hombre quedar satisfecha? «La protesta contra Dios en nombre de la justicia no vale», afirmó Benedicto:

Un mundo sin Dios es un mundo sin esperanza (cf. Ef 2,12). Sólo Dios puede crear justicia. Y la fe nos da esta certeza: Él lo hace. La imagen del Juicio final no es en primer lugar una imagen terrorífica, sino una imagen de esperanza; quizás la

¹³ *Ibid.*, 42.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ *Ibid.*, 43.

imagen decisiva para nosotros de la esperanza. ¿Pero no es quizás también una imagen que da pavor? Yo diría: es una imagen que exige la responsabilidad. Una imagen, por lo tanto, de ese pavor al que se refiere san Hilario cuando dice que todo nuestro miedo está relacionado con el amor. Dios es justicia y crea justicia. Éste es nuestro consuelo y nuestra esperanza. Pero en su justicia está también la gracia. Esto lo descubrimos dirigiendo la mirada hacia el Cristo crucificado y resucitado¹⁶.

No estamos simplemente ante un lenguaje poético o una jerga teológica abstracta; he aquí el reconocimiento de que la resurrección realmente nos ayuda a dar sentido a lo que somos, para qué estamos hechos y a cómo podemos afrontar los sufrimientos e injusticias que prevalecen en este mundo. Esta es la razón por la que el filósofo alemán Josef Pieper (1904-1997), en su libro sobre las virtudes teologales de la fe, la esperanza y el amor, dijo: «En la virtud de la esperanza, más que cualquier otra, el hombre entiende y afirma que es una criatura, que ha sido creado por Dios»¹⁷. Los filósofos, escribía, no describirían la esperanza como una «virtud» a menos que también fueran teólogos cristianos. «Porque la esperanza es una virtud teológica o no es en absoluto una virtud»¹⁸, escribe. De esta manera, Pieper argumenta que la esperanza —el deseo de plenitud más allá de lo que se circunscribe al tiempo y a la historia, no simplemente la «esperanza» de gozar de buena salud y de una larga vida— no tiene sentido a no ser que exista realmente un Dios personal

¹⁶ *Ibid.*, 44.

¹⁷ Josef Pieper, *Faith, Hope, Love* (Ignatius Press, San Francisco 1997) 98 [trad esp. *Las virtudes fundamentales* (Rialp, Madrid 2017)].

¹⁸ *Ibid.*, 99.

y amoroso. Tan personal y amoroso que, de hecho, se hizo hombre, sufrió, murió y resucitó.

Debemos señalar que la palabra «esperanza» —como ocurre con las palabras «fe» y «amor»— a menudo se usa mal e incluso se abusa de ella. Es fácil olvidar, como Pieper nos recuerda, «el hecho fundamental e incomprensible de que la esperanza, como virtud que es, es algo totalmente sobrenatural»¹⁹. Por esta razón, al recitar el *Credo*, los cristianos dicen: «Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro». Sin esa esperanza, no hay esperanza en absoluto. Sin una perspectiva celestial, arraigada en la resurrección de Jesucristo, no podemos realmente ofrecer una esperanza auténtica y duradera a un mundo desesperado por encontrar un sentido más allá de este ámbito material. Y entonces nos corresponde a nosotros estudiar y entender a Cristo a la luz de ese horizonte sobrenatural.

«Una cosa queda clara desde el comienzo de la literatura cristiana», explica el P. Brian E. Daley, SJ, en su estudio sobre las creencias primitivas cristianas sobre escatología, «la esperanza por el futuro es una dimensión integral e inseparable de la fe cristiana, y la condición implícita de posibilidad de acción cristiana responsable en el mundo... La esperanza, para el discípulo cristiano, es el vínculo indispensable entre la fe y el amor: la afirmación de posibilidades reales para el mundo y para uno mismo, la conciencia de una promesa para el futuro, lo que le da a la persona de fe la libertad para entregarse a sí misma a Dios y al prójimo»²⁰. Esta esperanza,

¹⁹ *Ibid.*, 105.

²⁰ BRIANE E. DALEY, SJ, *The Hope of the Early Church: A Handbook of Patristic Eschatology* (Baker Academic, Grand Rapids-MI 2010) 217.

que brota de la fe cristiana, «es claramente una esperanza centrada en Cristo resucitado»²¹.

P. ¿Pero no basta con entender la resurrección y el juicio venideros en términos espirituales? ¿Por qué esa insistencia en una resurrección corporal?

Este tema lo abordaremos más adelante cuando examinemos la naturaleza de la resurrección en el Capítulo 3, pero la respuesta está enraizada (¡otra vez!) en la naturaleza de Dios. Los cristianos creen que el Dios Trino no crea el cosmos y la humanidad por necesidad, sino por amor divino, el eterno intercambio de comunión perfecta y autodonación entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Y todo lo que creó es bueno: la creación es buena; el mundo material es bueno; el cuerpo es bueno²².

Como Daley demuestra, los primeros cristianos se mantuvieron firmes en la creencia de una resurrección corporal, correspondiente a la acción directa de Dios —a través de la creación y la encarnación— en el mundo material. La esperanza en esta resurrección corporal se encuentra, por ejemplo, en los escritos de san Ireneo de Lyon, que defendió la fe cristiana de los ataques gnósticos del siglo II. «La esperanza en una resurrección así es parte integral de la tradición cristiana de la fe que san Ireneo se afana en proteger»²³,

²¹ Ibid.

²² Entre muchos no cristianos persiste la creencia generalizada, por diversas razones, de que el cristianismo cree que el mundo material es malvado o malo en sentido moral. Pero el *Catecismo* afirma, de forma muy directa: «Porque la creación es querida por Dios como un don dirigido al hombre, como una herencia que le es destinada y confiada. La Iglesia ha debido, en repetidas ocasiones, defender la bondad de la creación, comprendida la del mundo material» (CEC 299).

²³ BRIANE E. DALEY, SJ, *The Hope of the Early Church*, 30.

escribe Daley. «Ireneo insiste en la realidad carnal de los cuerpos resucitados: sólo una esperanza así se puede tomar en serio la implicación de Dios con su creación»²⁴, como se ve en este pasaje de Ireneo, escrito alrededor del año 180 d.C.:

Pero vanos en todo sentido son aquellos que desprecian el designio de Dios, y rechazan la salvación de la carne, y tratan con desprecio su regeneración, manteniendo que no es capaz de incorrupción. Pero si la carne ciertamente no se salva, entonces tampoco el Señor nos redimió con su sangre, ni el cáliz de la Eucaristía es la comunión con su sangre, ni el pan que partimos es la comunión con su cuerpo. Porque la sangre sólo puede venir de las venas y de la carne, y de toda la sustancia humana, de aquella sustancia que asumió el Verbo de Dios en toda su realidad y por la que nos pudo redimir con su sangre, como dice el Apóstol: «Por su sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados». Por su propia sangre, él nos ha redimido, como también su Apóstol declara: «Por cuya sangre obtenemos la redención y el perdón de los pecados». Y, porque somos sus miembros y quiere que la creación nos alimente, nos brinda sus criaturas, haciendo salir el sol y dándonos la lluvia según le place; y también porque nos quiere miembros suyos, aseguró el Señor que el cáliz, que proviene de la creación material, es su sangre derramada, con la que enriquece nuestra sangre, y que el pan, que también proviene de esta creación, es su cuerpo, que enriquece nuestro cuerpo²⁵.

Podríamos dar muchos otros ejemplos, pero basta decir para nuestro propósito aquí que el testimonio cristiano primitivo sobre la naturaleza corporal de la resurrección

²⁴ *Ibid.*

²⁵ IRENEO, *Adversus haereses*, Libro 5.2.2.

y sobre la resurrección futura es constante y unánime, arraigada en la creencia de que la creación de Dios es buena y de que Dios «se encarnó y habitó entre nosotros» (Jn 1,14) para redimir al hombre y a la mujer en su totalidad: cuerpo, alma y espíritu. La fe en la resurrección no puede separarse de la creencia en la encarnación y en la vida y las enseñanzas de Jesús.

P. Entonces, ¿qué tipo de afirmaciones hizo Jesús acerca de sí mismo? ¿Qué tipo de enseñanza propuso? ¿Por qué debemos pensar que fue algo más que un maestro sabio?

Evidentemente, es difícil resumir las afirmaciones y la enseñanza de Jesús de una forma accesible y concisa. El autor del evangelio de Juan lo expresa de una forma bastante poética cuando dice que, además de lo que él escribió acerca de Jesús, «muchas otras cosas hizo Jesús. Si se escribieran una por una, pienso que los libros no cabrían ni en todo el mundo» (Jn 21,25).

Dicho esto, a continuación resumimos cinco puntos esenciales para tener una comprensión global y sólida de lo que Jesús afirmaba de sí mismo:

1. Jesús afirmaba que en su ministerio y su persona el reino de Dios había llegado de una manera especial. La petición de Jesús: «Convertíos, porque ha llegado el reino de los cielos» (Mt 4,17), es un mensaje que repitió y enfatizó de muchas maneras diferentes. Lo vinculaba directamente a su ministerio —«Pero si yo expulso a los demonios por el Espíritu de Dios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios»

(Mt 12,28)—, así como a su autoridad: «Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos» (Mt 16,19).

2. Jesús afirmaba que la autoridad divina del Hijo del hombre aparece mencionada en pasajes claves del Antiguo Testamento (cf. Dan 7,13). Por ejemplo, él dijo a sus discípulos: «Mirad, estamos subiendo a Jerusalén y se cumplirá en el Hijo del hombre todo lo escrito por los profetas» (Lc 18,31) conectando ese cumplimiento con la proximidad del arresto, la crucifixión y la resurrección (cf. Lc 18,32-33).

3. Él afirma que tiene autoridad para perdonar los pecados y para interpretar correctamente la Ley de Dios dada en el Antiguo Testamento. Dijo al paralítico: «Ten ánimo, hijo mío; tus pecados te son perdonados» (Mt 9,2) antes de curarlo, y otorgó a los apóstoles el poder de perdonar los pecados en su nombre: «A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes les retengáis los pecados, les quedan retenidos» (Jn 20,23). Jesús dijo: «No creáis que he venido a abolir la Ley y los Profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. En verdad os digo que antes pasarán el cielo y la tierra antes de que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la Ley» (Mt 5,17-18). Cuando debatía la ley con los fariseos, afirmó rotundamente, «El Hijo del hombre es señor del sábado» (Lc 6,5).

4. Jesús afirmaba que tenía autoridad para actuar como el Dios de Israel entre su pueblo, para devolver al pueblo al plan que Dios tenía para ellos. Esto queda resumido cuando declara que se acerca su muerte: «Y cuando sea levantado

sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí”. Dijo esto indicando de qué muerte había de morir» (Jn 12,32-33). Como el obispo Robert Barron explica:

Cuando Jesús de Nazaret dijo: «El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la buena nueva» (Mc 1,15), no estaba llamando la atención sobre verdades espirituales generales y eternas, ni exhortaba a la gente a optar por Dios; estaba diciendo a sus oyentes que Yahvé estaba reuniendo activamente al pueblo de Israel e, indirectamente, a todos los pueblos, en un nuevo orden salvífico, y él insistía en que sus oyentes se conformaran al nuevo estado de las cosas. En esta reunión, estaba indicando, se realizaría el perdón de los pecados, la superación de la separación y la división. En una palabra, la proclamación del reino equivale al anuncio que el que reuniría a Israel había llegado y había comenzado su trabajo»²⁶.

5. En resumen, Jesús se presenta como el Hijo del Padre, que posee la autoridad del mismo Dios. Esto es evidente en los cuatro evangelios, pero especialmente en el cuarto evangelio, donde Jesús habla extensamente y con gran detalle sobre su relación única con el Padre, lo que culmina en su afirmación: «El Padre y yo somos uno» (Jn 10,30; cf. Jn 1,18) Una declaración que enfurecía a los líderes religiosos, que buscaban apedrearle por ello.

Sobre la base de estas y otras afirmaciones, Jesús nos enseñó cómo debemos entender a Dios y a relacionarnos con él y entre nosotros. Seis puntos son dignos de mención aquí:

²⁶ ROBERT BARRON, *The Priority of Christ: Toward a Postliberal Catholicism* (Brazos Press, Grand Rapids-MI 2007) 72.

1. Jesús enseñó el amor a Dios y al prójimo como los mandamientos supremos, que resumen e incluso son más profundos que las exigencias morales de los Diez Mandamientos. El Sermón de la montaña (cf. Mt 5,7; Lc 6) es especialmente importante, porque se trata de una ley nueva y una ley perfecta, dada en un monte —un nuevo Sinaí— por el nuevo Moisés. Jesús dijo: «Habéis oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo”. Pero yo os digo: “Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen”» (Mt 5,43-44).

2. Él estableció entre el pueblo judío una comunidad amplia e inclusiva de seguidores (discípulos), liderada por un grupo especial llamado los Doce, del que uno de ellos, Pedro, era el líder. Este grupo recordaba a los doce patriarcas de Israel, lo cual implica que Jesús se consideraba a sí mismo y a los Doce como un renovado Israel (esencialmente el pueblo judío) ayudándole a cumplir su misión de restaurar la unidad de una humanidad dividida compartiendo con ellos la verdad sobre Dios y su designio para la humanidad.

Durante su ministerio público, Jesús llevó a los apóstoles a Cesarea de Filipo, al norte de Israel, y se puso con ellos delante del acantilado que alojaba numerosos altares de dioses paganos. Allí, Jesús le dijo a Pedro: «Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi *Ekklesia*, y el poder del infierno no la derrotará» (Mt 16,18). La palabra *ekkleisia* procede de dos términos griegos —*ek* y *kaleo*— que significa «convocar», refiriéndose a un pueblo convocado, una asamblea, formada para una misión única y unificadora.

3. Jesús veía su muerte a manos de los líderes judíos y de los romanos como consecuencia de su fidelidad al designio de Dios y como expiación de los pecados del mundo. Él le dijo a Nicodemo, el fariseo que le visitaba en secreto de noche,

Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él (Jn 3,14-17).

4. La noche antes de morir, Jesús celebró con sus discípulos una cena sacrificial comunitaria, basada en la cena de la Pascua judía, y que él identificó con la inminente entrega de sí mismo en la muerte en la cruz. La importancia de esto no puede ser exagerada. En su reciente y exhaustivo estudio de Jesús y la Última Cena, el Dr. Brant Pitre afirma:

Cuando la Última Cena y las palabras y los hechos relacionados con ella de Jesús se sitúan dentro del triple contexto del antiguo judaísmo, su vida y ministerio públicos, y el nacimiento de la iglesia primitiva, sugieren fuertemente que Jesús se veía a sí mismo como el nuevo Moisés que inauguraría el tan esperado nuevo éxodo, que sería puesto en marcha por una nueva Pascua, que traería de vuelta el milagro del maná caído del cielo, y reuniría las doce tribus de Israel en el reino escatológico y celestial de Dios, todo por

medio de su muerte sacrificial y del signo profético de su muerte llevado a cabo por él en la Última Cena²⁷.

Jesús prometió enviar el Espíritu de Dios para que guiara a sus discípulos y los capacitara para llevar a cabo su labor hasta su regreso al final de la historia. En el «discurso de despedida» o en la «oración sacerdotal» (Jn 14—17), la oración más larga de Jesús en el evangelio, se hace la promesa del Paráclito, o consejero: el Espíritu Santo (cf. Jn 14,26; 15,26). Dice Jesús:

«Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena. Pues no hablará por cuenta propia, sino que hablará de lo que oye y os comunicará lo que está por venir» (Jn 16,13).

5. Él prometió su resurrección como un signo de su identidad y de su autoridad para hacer las cosas que hizo. Como desvela su ministerio público, Jesús reveló a sus discípulos que iba a morir y a resucitar de la tumba:

Y empezó a instruirlos: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser reprobado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días» (Mc 8,31; cf. Mc 10,34; Lc 18,33).

²⁷ BRANT PITRE, *Jesus and the Last Supper* (William B. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids-MI 2015) 3.